

Clase y género en *La mala costumbre* de Alana S. Portero: Representaciones de la marginalidad y la resistencia en la España de los años 80 y 90

PATRICIA MARÍA GAMBOA, UNIVERSITY OF EAST ANGLIA, ENGLAND

Desde su publicación en mayo de 2023, la novela *La mala costumbre* de Alana S. Portero se ha convertido en un verdadero fenómeno editorial. Traducida a catorce idiomas, ha cosechado tanto éxito de público como de crítica: suma, hasta el momento, veintiuna ediciones y ha sido reconocida con premios como el de Narrativa Española “Dulce Chacón” en 2024.

Narrada en primera persona, la obra recorre la infancia y adolescencia de una niña atrapada en un cuerpo con el que no se identifica, y nos enfrenta a las múltiples violencias que atravesaban la España de los años ochenta y noventa: violencias machistas, racistas, LGTBIfóbicas o de clase, que si bien han sido progresivamente reconocidas, visibilizadas y en muchos casos penalizadas, han vuelto a ocupar un lugar central en nuestra realidad social debido al auge de los discursos de extrema derecha en los últimos años.

A pesar de la ola ultraconservadora que atravesamos es importante ser conscientes de los avances sociales, políticos y culturales que España ha logrado en las últimas décadas, y que son precisamente los que han hecho posible que una novela como *La mala costumbre* no solo vea la luz, sino que reciba una acogida tan significativa. Es más, considero que en la obra de Portero aparecen algunos de los actos de resistencia que han contribuido a que esto sea posible.

Por esta razón, mi estudio analizará, por un lado, las principales formas de violencia representadas en *La mala costumbre*, violencias que atenazaban a la sociedad española de los ochenta y noventa, una sociedad que salía de una dictadura de treinta y seis años (1939-1975) marcada por la represión política y social, la censura, la falta de libertades y la imposición de una ideología oficial. Por otro lado, examinaré las distintas formas de resistencia presentes en la novela, ya que muchas

de ellas son extrapolables a nuestra sociedad actual y pueden ayudarnos a confrontar la amenaza reaccionaria que nos afecta.

1. Marco teórico

El feminismo interseccional, propuesto por Kimberlé Crenshaw en su artículo “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex” (1989), ofrece un marco teórico imprescindible para analizar las múltiples formas de opresión que se entrecruzan en un mismo sujeto. Crenshaw denuncia que las estructuras jurídicas y sociales tienden a tratar las categorías como compartimentos estancos, lo que impide comprender experiencias complejas de subordinación. Tal como afirma la autora, “because the intersectional experience is greater than the sum of racism and sexism, any analysis that does not take intersectionality into account cannot sufficiently address the particular manner in which Black women are subordinated”¹ (140).

Esta afirmación es aplicable a otros contextos donde confluyen múltiples ejes de exclusión. En la misma línea de Crenshaw, desde el ámbito de los estudios de género en España, Lucas Platero sostiene que: “no existe una sola causa de discriminación, sino una maraña de interrelaciones que conforman las experiencias complejas de las personas y de las estructuras sociales que organizan nuestras vidas” (23).

En el caso de *La mala costumbre*, la protagonista encarna precisamente esa experiencia interseccional: es una niña trans criada en un entorno de clase obrera. Su vivencia no puede explicarse adecuadamente si se atiende únicamente a su identidad de género o únicamente a su origen social; es la confluencia de ambos ejes la que configura su situación específica de vulnerabilidad.

Este enfoque se refuerza con la aportación de Patricia Hill Collins, quien subraya la necesidad de analizar cómo se interconectan las categorías de raza, clase y género “to shape the experiences of different groups of women” (7).² En lugar de pensar estas categorías como elementos aditivos, Collins insiste en comprenderlas como sistemas entrelazados que articulan formas específicas de opresión y también de resistencia. En consonancia con esta idea, Platero señala que:

¹ Porque la experiencia interseccional es mayor que la suma del racismo y el sexismo, cualquier análisis que no tenga en cuenta la interseccionalidad no puede abordar de manera suficiente la forma particular en que las mujeres negras son subordinadas. (Esta y el resto de las traducciones son mías)

² Dar forma a las experiencias de distintos grupos de mujeres

Las identidades no son tan estables y fijas como pensamos, y han de entenderse en relación a otras formas estructurales de desigualdad. Por ejemplo, ya no nos fijaremos solo en el hecho de que una persona sea transexual, o sea gitana, sino en cómo ser gitana o transexual se relaciona con la clase social, la edad, o el deseo, y genera ciertas oportunidades encarnadas en una persona concreta. (30)

La pertinencia de este marco analítico no solo se justifica por el perfil de la protagonista, sino también por el de la propia autora. Alana S. Portero es una mujer trans que proviene de un entorno obrero, y esta experiencia situada se refleja en la potencia del relato. No se trata de una narración construida desde fuera, desde la empatía o la observación, sino desde la vivencia directa. *La mala costumbre* es, así, un acto de resistencia encarnada, una afirmación narrativa que rompe con las mediaciones tradicionales y da voz a quienes históricamente han sido silenciadas, y esto es especialmente relevante, porque como Dahlia de la Cerda sostiene en *Desde los zulos* (2023), “Jamás será lo mismo aprender de desigualdad social leyendo a Marx mientras comes tres veces al día, que trabajando doce horas para comer dos. La experiencia orgánica es la experiencia orgánica. Y no es anecdótico, es político” (17).

Para comprender, entonces, las condiciones que atraviesan y determinan la existencia de la protagonista de *La mala costumbre*, es necesario analizar con detenimiento los dos ejes fundamentales de opresión mencionados anteriormente: la clase social y la identidad de género, así como la forma y el efecto de su intersección.

2. Contexto de los barrios obreros de Madrid: San Blas

La infancia de la protagonista de *La mala costumbre* transcurre en el madrileño barrio de San Blas. Como recoge el “Estudio Sociodemográfico de los Barrios de Madrid-Ligados a los Planes Integrales de Barrio (PIBA),” elaborado por el Ayuntamiento de Madrid, “durante mucho tiempo San Blas se consideró el mayor barrio obrero de España, con viviendas muy pequeñas —entre 42 y 54 metros cuadrados las de tipo social y 60 a 78 metros cuadrados las de renta limitada—, baja calidad constructiva, sin las dotaciones previstas y sin urbanización ni transporte” (323). Estos edificios, según nuestra protagonista, “eran parte de un gran proyecto franquista de construcción de viviendas de los años cincuenta bautizado como «El Gran San Blas», que antes se llamaba el Cerro de la Vaca” (16). En efecto, el Gran San

Blas nació como consecuencia del Plan de Urgencia Social de Madrid. Este plan trataba de paliar el enorme déficit de vivienda obrera y mejorar las condiciones urbanas de una ciudad desbordada por el crecimiento demográfico y el chabolismo.

En los años cuarenta y cincuenta, Madrid experimentó un fuerte aumento de su población debido a la llegada masiva de migrantes del medio rural. Estos desplazamientos respondían a la búsqueda de mejores oportunidades económicas en la capital, en un contexto de pobreza, hambre y atraso en muchas zonas del interior del país. Pero las personas que fueron a instalarse en las ciudades se encontraron con el problema de falta de vivienda. Como señala María Antonia Fernández Nieto, “si este conflicto comienza en los años de posguerra con las destrucciones y una política que resulta poco eficaz, en los años cincuenta el déficit de vivienda alcanza límites insostenibles. La periferia de las grandes ciudades en general y de Madrid en particular se inunda de chabolas e infravivienda de modo que es imposible ignorar la situación” (14). Por esta razón, el Ministerio de la Vivienda, creado en 1957, encargó a la Obra Sindical del Hogar (O.S.H.) en junio de 1958 la realización de 60.000 viviendas para dar una solución al déficit habitacional que afectaba a las clases trabajadoras.

A pesar de los discursos oficiales, en los que se ensalzaba la idoneidad de estos nuevos barrios, la realidad cotidiana en estos lugares siguió marcada por el abandono institucional. En el caso de San Blas, las viviendas tenían una baja calidad constructiva y se edificaron sin las dotaciones previstas y sin urbanización ni transporte. Así lo recoge también nuestra autora:

*A las luminarias del régimen no se les ocurrió que las más de treinta mil familias que fueran a parar allí necesitarían colegios cerca para sus hijos y tardaron años en cubrir esa necesidad, también la del agua corriente o la de los mercados en los que abastecerse, que fueron llegando con la lentitud y la dejadez de las cosas que no le importan a quien es responsable de ellas.
(Portero 17)*

No fue hasta las décadas de 1960 y 1970, gracias a la presión ejercida por los movimientos vecinales, que la zona empezó a dotarse de las infraestructuras de las que hasta entonces carecía. La llegada de la democracia a finales de los años setenta marcó la culminación de muchas de estas reivindicaciones en torno a la vivienda. Estas luchas por derechos básicos no solo transformaron el entorno urbano, sino que consolidaron una identidad colectiva obrera y una memoria de resistencia que se verán reflejadas en la novela de Alana S. Portero.

En este sentido, el entorno que retrata nuestra autora no puede entenderse al margen de su carga histórica. Como señala Laura Castillo: “el contexto sociohistórico y cultural en el que se enmarca la novela resulta fundamental en el desarrollo vital de la protagonista” (87), de modo que la descripción del barrio adquiere un valor simbólico y determinante en la configuración de su identidad:

La calle . . . era una hilera de bloques de tres alturas de ladrillo rojo y escaleras exteriores de cemento. Este paisaje arquitectónico, que se repetía por todo el barrio, en ocasiones se veía interrumpido por algún solar maltrecho, lleno de vidrios rotos, restos de papel de aluminio, jeringuillas y materiales de construcción inservibles. Estas mellas en las hileras de viviendas, si hubiéramos podido mirarlas desde lo alto, le daban al pavimento un aspecto de encía enferma, como si enormes dientes hubieran sido arrancados aquí y allá, sin lógica alguna, y sólo dejasen detrás una infección incurable y un vacío grumoso. Excepto el parque y las propias casas, aquellos basurales, aquellas nadas, eran los patios de recreo de los niños del barrio y sus propios morideros cuando se hacían lo suficientemente mayores para meterse caballo. Varias generaciones de criaturas de clase obrera crecimos así, imaginando mundos enteros en las mismas nadas que podían terminar siendo nuestros lechos de muerte. (15-16)

La expresión “infección incurable” que la narradora utiliza en este párrafo podría leerse también como una metáfora del sentimiento que atravesaba a una población golpeada y condicionada por una violencia estructural que limitaba incluso la posibilidad de imaginar una situación o un futuro distintos. Esta violencia se manifestaba de múltiples formas: desde la precariedad habitacional y la falta de acceso a infraestructuras básicas, como ya hemos visto, hasta otras expresiones que Alana S. Portero nos muestra en *La mala costumbre*. Una de ellas fue la epidemia de heroína que arrasó con la vida de miles de jóvenes españoles desde finales de los setenta hasta los noventa, siendo a comienzos de esta década la principal causa de muerte entre los jóvenes de las grandes ciudades: entre 1991 y 1992, hubo más de 1700 muertes por sobredosis, según el estudio “Más de treinta años de drogas ilegales en España” (Fuente et al. 506).

Diversos análisis e investigaciones, como la llevada a cabo por Justo Arriola en su libro *A los pies del caballo. Narcotráfico, heroína y contrainsurgencia en Euskal Herria* (2016) se preguntan si hubo un plan y un interés político por parte del Estado español para introducir heroína y con ello desactivar y desmovilizar a una juventud

politizada por la lucha colectiva, la conciencia de clase y la expectativa de cambio social. Alana S. Portero comparte esta postura en las páginas de su obra:

Los obreros nunca fueron vistos por el franquismo de otra forma que como bestias de carga que estabular en la periferia. Ese abandono generó una conciencia de clase en el barrio que las autoridades de la Transición democrática decidieron atajar a finales de los setenta y durante toda la década de los ochenta con jeringazos de heroína casi regalados. La droga fue la última forma de ejecución sumarísima de disidentes de un régimen que había encontrado la forma de perpetuarse. (17)

Esta intervención, ya fuera por acción directa o por omisión deliberada, actuó como un mecanismo de control social y constituye un claro ejemplo de violencia estructural e institucional. Aunque afectó a jóvenes de todas las clases sociales, tuvo un impacto desproporcionado en los barrios obreros y periféricos, donde la droga circulaba con mayor facilidad y donde la falta de recursos para su prevención y tratamiento era especialmente grave.

A esta violencia se sumaba la escasa o inexistente intervención de las fuerzas y cuerpos del Estado cuando se producía algún conflicto en estos barrios, alimentando una sensación generalizada de abandono. Así lo recoge la autora en varios pasajes de *La mala costumbre*: “Llegamos antes que la policía, que se tomaba su tiempo para hacer su trabajo cuando se trataba de San Blas. Para ellos, para toda autoridad, solo era otro yonqui muerto, el hijo de alguna obrera deslomada por fregar escaleras” (12); y en referencia a un episodio de violencia de género: “Dejaron de llamar a la policía porque lo único que hacían era sacar a Aurelio de casa, hablar con él un rato hasta que parecía tranquilo y devolverlo con advertencias ridículas y consejos de catequista” (37). Esta desprotección estructural no solo agravaba las condiciones materiales de vida, sino que también consolidaba un clima de impunidad que dejaba a los sectores más vulnerables sin mecanismos de defensa ni reparación.

Es importante señalar que *La mala costumbre* no se limita a presentar un telón de fondo obrero o periférico como simple contexto narrativo, sino que muestra cómo este entorno condiciona profundamente la vida de quienes lo habitan. La precariedad, el abandono institucional, la violencia estructural y la falta de horizontes posibles no solo definen las condiciones materiales de existencia, sino también las formas de imaginar el futuro, de relacionarse con los demás y de habitar el propio cuerpo. Desde esta perspectiva, la novela de Alana S. Portero puede leerse

como una memoria de clase que recoge con lirismo y crudeza las cicatrices sociales de toda una época.

Ahora bien, aunque el componente de clase resulta determinante en la configuración del entorno vital de la protagonista, su experiencia no puede comprenderse plenamente sin atender a otro eje estructurante: la identidad de género. Por esta razón, la siguiente parte de este análisis se centrará en exponer su vivencia como niña trans en un contexto dominado por la normatividad cisheterosexual. Es en esta dimensión donde se despliega otra forma de vulnerabilidad, en la que tanto el cuerpo como la identidad de la protagonista se convierten en espacios de conflicto.

3. Género e identidad

La infancia de la protagonista de *La mala costumbre* se desarrolla en los años ochenta, en un contexto sociopolítico todavía condicionado por el legado represivo del franquismo hacia las identidades no normativas. Durante la dictadura, las personas homosexuales y trans fueron objeto de persecución legal y policial a través de leyes que legitimaban su detención, encarcelamiento o internamiento en instituciones psiquiátricas. Como recoge el Boletín Oficial del Estado, el 15 de julio de 1954 se modificaron los artículos 2º y 6º de la Ley de Vagos y Maleantes de 1933, para incluir la homosexualidad como motivo de sanción legal:

“Artículo sexto – Número Segundo – A los homosexuales . . . se les aplicarán para que las cumplan todas sucesivamente las medidas siguientes: a) Internado en un establecimiento de trabajo o Colonia Agrícola. Los homosexuales sometidos a esta medida de seguridad deberán ser internados en Instituciones especiales y, en todo caso, con absoluta separación de los demás.”³

Tras décadas de represión institucional, la muerte de Franco en 1975 abrió un proceso de transición política, aunque la despenalización de la homosexualidad no se produjo hasta 1978. Como señala Arturo Arnalte: “El estigma sobre la homosexualidad se mantuvo incólume durante los tres primeros años de la Transición y no fue hasta después de aprobada la Constitución, en 1978, cuando se eliminó de la lista de delitos perseguidos por la Ley de Peligrosidad Social de 1970” (XX). Aun así, esta ley continuó vigente hasta 1995, lo que prolongó la percepción de

³ <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1954/198/A04862-04862.pdf>

la homosexualidad como una conducta desviada o anormal y reforzó una homofobia social que persistió incluso después del fin de la Transición.

Ese calado social se refleja en las páginas de *La mala costumbre*, donde se representan diferentes situaciones de homofobia, de transfobia, y de violencia machista, que no se manifestaban únicamente en actos explícitos de agresión o discriminación, sino también en formas más sutiles y normalizadas, ejercidas incluso por personas que no actuaban con una intención consciente de dañar. Muchas de estas actitudes derivaban de la ignorancia, de la interiorización acrítica de valores propios de una cultura profundamente patriarcal y de la ausencia de referentes positivos que permitieran reconocer y respetar identidades de género diversas. Este entramado de violencias cotidianas, a menudo invisibles para quienes las ejercen, operaba como un mecanismo eficaz de exclusión y disciplinamiento social que, en el caso de nuestra obra, marcan el día a día de la protagonista.

En *La mala costumbre* acompañamos a esta niña y somos testigos de los actos de violencia que sufre y de sus efectos, pero también de su mirada atenta y de su necesidad de entender el mundo para encontrar un lugar en él. Precisamente ahí radica la fuerza y la importancia de la obra: ofrece una visión de la sociedad española de los años ochenta y noventa desde una perspectiva inédita hasta el momento, la de una niña trans.

En esta labor de observación, la performatividad del género tiene un protagonismo central. Nuestra protagonista construye su idea de “mujer” y de “hombre” a partir de lo que observa en su entorno inmediato, en un contexto profundamente marcado por los roles de género rígidos propios de la España de los años ochenta y noventa. Así leemos en las páginas de *La mala costumbre*:

Aquella mañana dos hermanas de mi madre la acompañaban mientras hacía la faena . . . Adoraba mirarlas y memorizar sus gestos . . . Absorbía la energía que creía percibir cuando las mujeres estaban reunidas, sin hombres. Me quedaba a soñar en ella, me producía cosquilleos y una sensación de paz que no encontraba en ningún otro sitio. El tiempo con los hombres de la familia me enfriaba por dentro y me mantenía en tensión. Los hombres no se hacían hombres, se instruían en la masculinidad, e incluso entre los más buenos, pobre del que fallase en la práctica de la misma. (51-52)

Y prosigue: “el baño seguía siendo mi reino privado. Allí . . . ponía en marcha lo aprendido observando a las mujeres de mi vida” (53).

Esta construcción cotidiana de los géneros responde a lo que Judith Butler describe como la naturaleza performativa del género: "la postura de que el género es performativo intentaba poner de manifiesto que lo que consideramos una esencia interna del género se construye a través de un conjunto sostenido de actos" (Butler 17). Así, la experiencia de la protagonista confirma que el género no es una esencia fija, sino el resultado de la reiteración de prácticas y discursos que, en su caso, le impusieron un guion ajeno a su identidad y dificultaron el reconocimiento de sí misma.

Este ejercicio de observación de la niña muestra los roles de género que asumían y reproducían tanto hombres como mujeres en esas décadas, así como el trato que recibían quienes no se adecuaban a ellos. En el caso de las figuras masculinas, los aspectos que se resaltan más son los relacionados con las emociones. No se espera que los hombres expresen vulnerabilidad, ternura o tristeza; de hecho, parecen carecer de las herramientas para verbalizar o gestionar este tipo de emociones. Un ejemplo es la relación de la protagonista con su propio padre: "una, cuando pasaba por hombre, no tenía tantas oportunidades para abrazar a su padre, aunque estuviese deseando hacerlo" (Portero 151) o también:

Mi padre se levantaba del sofá . . . abría la nevera, se preparaba un montadito pequeño de cualquier cosa que hubiese, volvía al salón, le daba un bocado e inmediatamente me lo cedía a mí. Era su forma de decirme que no tenía la más remota idea de cómo hablar conmigo, que no me había entendido nunca pero que estaba dispuesto a sacarse la comida de la boca para alimentarme. (228-229)

Sin embargo, otros sentimientos, particularmente la ira, la violencia o la agresividad, no solo se expresan abiertamente, sino que son socialmente validados como signos de fortaleza y autoridad: "Los hombres . . . se enfrentaban unos con otros sin dudarlo, la mayoría situaciones sin importancia. Vi a muchos de mis vecinos llegar a las manos por un aparcamiento, un malentendido absurdo o una mala mirada. Cosas que les servían más para discutirse la jerarquía que para establecer alguna justicia" (38). Esta asimetría en la gestión emocional refuerza un modelo en el que la expresión afectiva está constreñida a aquellas emociones que consolidan la jerarquía masculina y el control, mientras que cualquier manifestación asociada a la fragilidad se reprime por considerarse incompatible con el ideal viril.

En *La mala costumbre*, el rol femenino aparece marcado por una doble exigencia: la del trabajo doméstico, naturalizado como obligación, y la del trabajo remunerado,

asumido con el mismo sentido de deber: “Mi madre se movía deprisa . . . Ella lo hacía todo con la premura de quien se ha ganado la vida limpiando y cocinando a destajo desde que tenía edad para ir montada en el cocherito leré . . . Simplemente había desarrollado oficio y una obsesión por sacar adelante trabajo, tanto dentro como fuera de casa, que no la abandonaría nunca” (47).

Las mujeres no solo pueden mostrar sus sentimientos, a diferencia de los hombres, sino que su identidad parece definirse también por la entrega y el cuidado de los demás: ayudan a las vecinas, atienden a sus hijos, buscan trabajo de lo que sea para sostener a la familia: “Las vecinas, casi todas, se acercaban a casa de Luisa con alguna cosa de comer, ropa para aprovechar o un café de puchero caliente. No tenían más posibilidad de mostrar su cercanía que así” (37).

La limpieza ocupa un lugar central, no solo como necesidad material, sino como medida de dignidad y de valor personal; fregar y mantener la casa impecable se convierten en símbolos de responsabilidad y respeto propio: “A ella la casa se le había hecho entraña y no había forma de que pasase un día sin limpiarla de arriba abajo. Una infancia de obligaciones excesivas la había programado para no fallarse a sí misma so pena de sufrir la ira del santoral de las madres rígidas que nunca creen que se ha fregado lo suficiente” (50).

Sin embargo, la novela también ilumina momentos de respiro, cuando las mujeres van de compras con amigas:

En ese espacio, mi madre, mis tías, las mujeres del barrio, dejaban de cargar por un momento con sus casas, sus familias y sus trabajos, dejaban de estar extenuadas y se relajaban por completo . . . Las mujeres se miraban al espejo con cuidado, posando, quejándose de sus cuerpos y recibiendo una dosis perfecta de validación por parte de las profesionales. (Portero 57)

Estas salidas funcionan como un “tercer lugar” en el sentido de Ray Oldenburg: “a generic designation for a great variety of public places that host the regular, voluntary, informal, and happily anticipated gatherings of individuals beyond the realms of home and work”⁴ (Oldenburg 16). En ese espacio de sociabilidad femenina —probadores, mostradores, espejos compartidos— se produce también el trabajo emocional de las profesionales que atienden, cuyo cometido, en palabras de Arlie

⁴ Una designación genérica para una gran variedad de lugares públicos que acogen reuniones regulares, voluntarias, informales y esperadas con agrado de individuos, más allá de los ámbitos del hogar y del trabajo.

Russell Hochschild: “requires one to induce or suppress feeling in order to sustain the outward countenance that produces the proper state of mind in others”⁵ (Hochschild 7). Así, la interacción comercial provee reconocimiento y validación que contrasta con la desvalorización cotidiana del trabajo doméstico y de cuidados, abriendo un resquicio de autoestima y comunidad en medio de un orden patriarcal.

Este retrato dibuja una feminidad atravesada por la resistencia, la solidaridad y la autoexigencia, pero también por la aceptación tácita de jerarquías y desigualdades profundamente arraigadas.

En este contexto social, el problema surge cuando aparecen personas que no encajan con los roles de género normativos. La transgresión de estas fronteras simbólicas no solo cuestiona las jerarquías de poder que las sostienen, sino que activa mecanismos de sanción social que van desde la exclusión silenciosa hasta la violencia explícita. La mera existencia de cuerpos e identidades que desafían el modelo binario se percibe como una amenaza al orden establecido, y por ello se somete a estas personas a una vigilancia constante, a la sospecha y, con frecuencia, a un disciplinamiento destinado a reconducirlas hacia la norma.

En *La mala costumbre* abundan los ejemplos de esta dinámica. Uno de ellos es el personaje de “la Peluca”, una mujer a la que se excluye, que, según la protagonista, “siempre fue vieja” y de la que en el barrio se decían cuatro cosas: “que había sido estraperlista en las cuevas del cerro, que era una bruja más que competente, que la hechicería la había dejado calva y que era mejor evitarla o tratarla con extrema amabilidad” (Portero 17). Todo ello, por ser una mujer que vivía a su manera. Sobre mujeres como ella, la niña observa que “se las suele cubrir con el manto del patetismo y de la burla porque se las teme” (28). Este retrato evidencia cómo la transgresión de las normas de género y de comportamiento social, especialmente en el caso de las mujeres, se sanciona mediante la marginación y el desprestigio, transformando la diferencia en un motivo de estigmatización colectiva.

Otros ejemplos que ofrece Portero de identidades que sufren exclusión y violencia son los de las personas homosexuales, cuyas experiencias evidencian la crudeza con la que la comunidad sanciona las disidencias de género y sexualidad. A Saúl, vecino de la protagonista, “le llamaban maricón, se reían de él y le amenazaban a diario” (41). También se relatan escenas que muestran la violencia física y simbólica que acompañaba a la estigmatización:

⁵ Requiere inducir o reprimir sentimientos para mantener la expresión exterior que produce el estado de ánimo adecuado en los demás.

Daniel, el hijo del zapatero . . . bendecido con una pluma preciosa, llegó a casa una madrugada de sábado sin un dedo de la mano derecha, con la mandíbula rota y la cara emborronada de pintalabios rojo . . . A Alicia, una muchacha fabulosa que solía jugar al fútbol en las canchas del barrio . . . la echaron de casa a los catorce años porque la sorprendieron abrazada a otra muchacha en su portal . . . Benjamín fue machacado por su padre y sus hermanos por maricón (92-94).

La propia protagonista experimenta este clima de hostilidad: mantiene en secreto su relación con su primer novio hasta que un gesto de afecto es visto por un tercero, quien lo delata, provocando que el padre del chico se lo lleve del barrio y no vuelva a aparecer. En todos estos casos, la violencia actúa como mecanismo de control social, recordando a quienes se apartan de la norma que su existencia es percibida como inaceptable y castigable.

El último ejemplo que quiero mencionar es el de Margarita, una mujer trans que vive con su madre en el mismo barrio que la protagonista. Esta figura encarna una forma particularmente sutil pero persistente de violencia social: la tolerancia condicionada. Si bien en el trato directo se le concedía cierto respeto, este coexistía con comentarios despectivos a sus espaldas y con la exigencia de una “ejemplaridad” que, en la práctica, se traducía en sumisión y discreción. Se trataba de una aceptación frágil y condicional, siempre pendiente de que su comportamiento no desafiara las normas de género dominantes. Este mecanismo, frecuente en contextos marcados por la cisnormatividad, opera como un disciplinamiento simbólico: se otorga un reconocimiento limitado a cambio de la renuncia a la plena expresión de la identidad:

Su premio eran los «qué discreta es Margarita, las cosas como son» o «la verdad es que ella hace su vida y no molesta a nadie», como si ser una mujer trans molestase por defecto y tuviera que ir rebajando esa molestia con acciones como estar callada, ser más amable que los demás y no responder a los gestos desagradables . . . La ejemplaridad que se le exigía a Margarita tenía que ver con la sumisión. (68)

La discriminación que sufre esta mujer se hace evidente en episodios como el que vive con los trabajadores de una funeraria, quienes insisten en referirse a ella con un nombre masculino, negándole así la legitimidad de su identidad y recordándole, de forma humillante, el lugar subordinado que el orden social le reserva.

La historia de Margarita, con las tensiones entre la aparente tolerancia y las sutiles formas de marginación, ilustra cómo las identidades disidentes se ven constantemente negociando su existencia dentro de un marco social restrictivo. Este caso no es aislado: forma parte de un entramado más amplio donde las categorías de género y clase se entrecruzan para condicionar no solo las oportunidades materiales, sino también las posibilidades simbólicas de quienes habitan esos márgenes.

4. Interseccionalidad de clase y género

El análisis desarrollado hasta aquí ha mostrado el contexto social de la España de los años ochenta y noventa en relación con las cuestiones de clase y género. Con ello se pretende comprender cómo estos ejes podían condicionar la vida de una niña trans de un barrio obrero.

Para examinar la articulación entre ambas dimensiones, el presente estudio se apoya en el marco teórico del feminismo interseccional, idóneo para examinar las múltiples formas de opresión que se entrecruzan en un mismo sujeto. Tras situar el escenario en el que transcurre la vida de la protagonista, el análisis se centra ahora en ella, explorando cómo experimenta en primera persona esa intersección entre clase y género y cómo dichas fuerzas estructurales atraviesan su cuerpo, configuran su identidad y limitan sus posibilidades de imaginar un lugar propio en el mundo.

El anhelo de la protagonista por un mundo y una identidad que la sociedad le negaba convierte *La mala costumbre* en una oda a las mujeres: “no podía ser una de ellas, no podía tocar esa vida, pero sí atesorar lo que sin pretenderlo me enseñaban” (Portero 52). Desde su mirada atenta, la niña observa sus gestos, rutinas y comportamientos, y a través de ese ejercicio de observación se revela cómo la intersección de clase y género oprime a las mujeres de su entorno. Así, Luisa, una vecina del barrio, es víctima de la violencia de su marido, pero la época y la precariedad económica en la que vive la condenan a permanecer en esa situación: “no había estructura alguna de ayuda que asistiese a aquella mujer” (38). Del mismo modo, la exclusión social que sufren Margarita y otras mujeres trans cercanas a la protagonista perpetúa su vida precaria y restringe sus opciones laborales casi exclusivamente a la limpieza o la prostitución. Esta falta estructural de recursos económicos les impide acceder a cirugías estéticas seguras, con el resultado de intervenciones fallidas que acaban marcando sus cuerpos y reforzando su marginalidad: “Margarita . . . tenía el rostro deformado por unas protuberancias que

le ocupaban casi por completo los pómulos y los carrillos . . . como si alguien le hubiera metido piedras debajo de la piel” (60). Este panorama no solo expone la violencia estructural que recae sobre ellas, sino que constituye el telón de fondo sobre el que la protagonista construye —y limita— su propia identidad, condicionando la forma en que imagina su lugar en el mundo.

La experiencia de la protagonista en *La mala costumbre* revela cómo la intersección entre clase y género configura un entorno vital en el que la identidad trans se vive con miedo, ocultación y una profunda sensación de no pertenencia. Desde niña, teme “que mis padres dejaran de quererme si sabían que yo era diferente de como ellos creían” y reconoce que “escuchar a los adultos hablar de las personas diferentes dejaba marcas que no se borraban nunca” (38). En su barrio, los prejuicios eran parte del sentido común colectivo: “en San Blas, el fragmento de Madrid que me correspondía, los adultos discutían con toda normalidad si era peor tener un hijo drogadicto o maricón” (56). Este clima hace imposible imaginar un futuro propio: “me pasaba el día imaginando, pero no era capaz de proyectar mi propia imagen en el futuro, como si lo que era, quién era, estuviese condenado a una infancia perpetua jugando al escondite de la existencia” (60). Su vida se desarrolla en la clandestinidad afectiva y en la negación de su identidad:

Crecía teniendo que parecer algo que no era, que cada vez se me daba mejor, que cada día dolía más, y con la seguridad de que mi mundo, el que se alejaba de mí de forma inexorable, era el de las mujeres. Conforme me acercaba a la pubertad y me resistía a afrontar la realidad, los contornos de mi padecimiento se amalgamaban en un cuarteto macabro de despersonalización, negación, huida y mentira, que se sostenían en el tiempo como una nota grave que me estaba volviendo loca (61).

El lenguaje que tiene a su alcance para describirse es el de la enfermedad, la vergüenza y el rechazo: “todo lo que había oído sobre ser como ellas contenía palabras que se parecían a las que se usaban cuando se hablaba de alguien que está enfermo . . . Fueron esas conversaciones ajenas . . . las que me convencieron de que era un ser torcido que debía ocultarse” (62). Incluso cuando intenta definirse ante el espejo, solo dispone de ese léxico ajeno: “no encontraba la combinación necesaria para definirme con la justicia que merecía y acababa por dibujar los contornos de un error que camina y respira” (63).

La protagonista interioriza el peso de la culpa como si su identidad fuese un crimen o un pecado imperdonable: “odiaba la gravedad a la que me obligaba guardar

secretos . . . haber crecido con el lenguaje de la culpabilidad diseminado por todas partes como la única forma de referirse a las vidas trans era descorazonador” (119).

En ausencia de referentes que mostraran orgullo o aceptación: “a qué marica o bollera le felicitan sus padres y amigos por ser quien era . . . a qué travesti le acompañaba con orgullo por la calle su familia” (119-120), la imaginación misma de un futuro habitable se vuelve inviable. Por eso, aunque la protagonista desearía poder “pronunciar un nombre para mí en voz alta, uno que me guste” (122), no lo hace: “me da mucho miedo ser así y he intentado evitarlo. Nunca enseñé mi cuerpo porque se me está transformando en un laberinto de carne que se pudre . . . Me esfuerzo mucho por adaptarme a lo que se espera de mí, detengo mis sueños dándome una bofetada” (122).

Este testimonio literario encarna, en primera persona, las consecuencias de vivir en un contexto en el que la clase social reduce las oportunidades de desarrollo, y en el que el género, definido por la norma social binaria y heteronormativa, restringe las posibilidades simbólicas de existir. Así, la protagonista no solo se enfrenta a un entorno de recursos limitados y exclusión, sino también a una violencia cultural que atraviesa su cuerpo y su subjetividad, negándole un lenguaje con el que definirse y la posibilidad de pensarse en el futuro.

En este cruce de opresiones, la experiencia de la protagonista ilustra cómo la intersección entre clase y género no solo condiciona lo que una persona puede hacer o llegar a ser, sino también lo que puede imaginar para sí misma. La ausencia de referentes positivos y el peso de los discursos estigmatizantes configuran un marco en el que la identidad se vive desde la ocultación y la resistencia cotidiana, y en el que el acto de reconocerse se convierte, en sí mismo, en un gesto de supervivencia.

5. Resistencia

La relevancia de *La mala costumbre* radica, en buena medida, en que ofrece una perspectiva inédita de la España de los años ochenta y noventa: la de una niña trans. Y no solo eso, sino que lo hace de la mano de una autora que también es una mujer trans y que creció en el barrio madrileño de San Blas, por lo que, pese a tratarse de una obra de ficción, posee un fuerte componente testimonial.

El éxito editorial que está cosechando esta novela no se debe únicamente a su indudable calidad literaria, sino también al momento social en que ha sido publicada. España atravesó décadas marcadas por una dictadura militar

nacionalcatólica que terminó en 1975, pero que siguió condicionando la sociedad durante los años posteriores y de la que aún hoy persisten nostálgicos, cada vez más visibles, como refleja el auge de partidos de extrema derecha —uno de los cuales figura ya como tercera fuerza política en intención de voto— y el incremento de las agresiones por odio. De hecho, según la *Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Trans, Bisexuales, Intersexuales y más* (FELGTBI+), el informe *Estado del Odio: Estado LGTBI+ 2025* advierte que las agresiones físicas y verbales contra personas LGTBI+ están experimentando un preocupante repunte, coincidiendo con el auge de los discursos de odio. El estudio revela que el 20,3% de las personas LGTBI+ ha sufrido acoso y que las agresiones físicas o verbales han pasado del 6,80% en 2024 al 16,25% en 2025. Además, la incidencia de estos ataques se agrava entre quienes cuentan con menores recursos económicos.⁶

A pesar de ello, en los últimos años, España ha consolidado un marco legal avanzado en materia de igualdad LGTBI+, con leyes que reconocen la autodeterminación de género, prohíben terapias de conversión y refuerzan la protección frente a la discriminación basada en la orientación sexual o en la identidad de género. Estas medidas, junto con conquistas previas como el matrimonio igualitario, consolidan a España como uno de los países más progresistas en derechos LGTBI+.

Todos estos avances no se habrían conseguido sin los actos de resistencia que, desde lo cotidiano hasta lo colectivo, han ido erosionando las estructuras de discriminación durante décadas. *La mala costumbre* es un homenaje a todas esas personas que, desde los márgenes sociales, resistieron —pero también cayeron—, tratando de sobrevivir en un sistema que las negaba, y contribuyendo, con cada gesto, a abrir fisuras en las estructuras de opresión, dejando así un espacio un poco más habitable para quienes vendrían después.

Así, en esta obra, somos testigos de las redes de apoyo entre las mujeres del barrio donde vive la protagonista, las cuales constituyen una forma de resistencia silenciosa pero fundamental. Frente a la ausencia de estructuras institucionales que protegieran a las más vulnerables, eran las vecinas quienes sostenían la vida cotidiana, compartiendo recursos materiales y cuidados. Estos actos, aparentemente modestos, erosionaban las lógicas de aislamiento y abandono, y demostraban que resistir también podía significar cuidar.

⁶ <https://felgtbi.org/blog/2025/05/13/la-federacion-estatal-lgtbi-alerta-de-que-una-de-cada-cuatro-personas-lgtbi-sufre-discriminacion-en-espana-y-las-agresiones-se-duplican-en-un-ano>

También entramos con la protagonista y su novio Jay en el Café Figueroa, en el barrio de Chueca, referente para la comunidad LGBTIQ+ de Madrid. El local, regentado por Antonio, les brinda un espacio seguro donde no es necesario ocultarse. En ese lugar, la protagonista percibe por primera vez la posibilidad de una realidad diferente:

Había comprendido en ese ratito en el Figueroa junto a Jay y gracias a Antonio, que había un mundo fuera en el que quizá tuviese alguna oportunidad. No sabía cómo se tomarían los habitantes del café las vidas de las mujeres como yo, seguro que conocían a alguna, intuía que, si existía una opción de arrojarle al vacío de la libertad y caer sobre hierba fresca y mullida, sería entre personas como aquellas (107).

Este espacio adquiere un valor simbólico: muestra que la resistencia puede surgir en los lugares donde simplemente se vive sin miedo.

Cuando la protagonista crece, sus noches en el centro de Madrid la llevan a conocer a las Moiras: Eugenia la Moraíta, Raquel la Cartier, y Paula la Chinchilla, tres mujeres trans mayores que sobreviven gracias a la prostitución y que han tejido entre ellas vínculos de cuidado y pertenencia. Sobre Eugenia, la protagonista dice que fue “la primera mujer que me oiría en confesión y que me devolvería palabras de consuelo, de enseñanza y de complicidad. Antes de que ella lo supiera la había adoptado como madre trans, como superiora travesti y como amiga” (180). Su importancia radica en que encarna la figura de la familia elegida: personas que, desde una experiencia compartida de marginalidad, se convierten en el refugio y sostén emocional que permite habitar la propia identidad sin máscaras. En un sistema que les niega legitimidad y les empuja a los márgenes, encontrarse y sostenerse entre semejantes constituye un acto de resistencia imprescindible para la supervivencia.

Por último, merece especial atención el personaje de Margarita, la vecina de la que ya hemos hablado anteriormente, debido a su influyente rol en la obra. La protagonista, incapaz de proyectar su propia imagen en el futuro, encuentra en Margarita, la única mujer trans de su entorno, su primer referente posible. Sin embargo, el hecho de que su rostro estuviese deformado por operaciones estéticas de mala calidad, las únicas que podía costearse, hacía que la niña rechazase identificarse con ella: la odiaba porque no quería pensar que su futuro pudiera parecerse al suyo. El punto de inflexión llega cuando presencia cómo Margarita soporta con estoicismo la humillación de un trabajador de funeraria que, pese a sus reiteradas peticiones, insiste en dirigirse a ella con apelativos masculinos. En ese

momento, la protagonista siente que “se conformó un «nosotras» tan poderoso que parecía haber estado ahí siempre” (81).

Margarita . . . me parecía la imagen de la dignidad, de la fuerza, la de una mujer que ha atravesado el Tártaro y no ha necesitado que nadie la rescate porque ha dominado el infierno. Entendí que esas jorobitas de silicona mal puestas que le brotaban de la cara eran los restos que le había dejado la búsqueda de la belleza, que en su día ella la habría ansiado como la ansiaba yo, con la misma sed y la misma desesperación. Ser como ella no era una maldición, era un don. Llevar aquellas plegarias de tejido cicatricial tan visibles significaba haber aspirado a rozar lo sublime. (82)

Al respecto, Daniela Fumis sostiene que: “el vínculo con la figura de Margarita . . . posibilita reconvertir, desde la intimidad, el lugar del trauma en impulso para la salida final” (Fumis). Margarita encarna una forma de resistencia que no se mide en victorias visibles, sino en la perseverancia cotidiana para seguir siendo quien se es, aun con las cicatrices que deja la violencia. Su figura es tan importante e inspiradora para la protagonista que es la que le da la fuerza para mostrarse finalmente al mundo tal y como es:

Volví a su habitación y me desnudé como lo haría una mujer antes de adentrarse en una pira, mirando al frente y desafiando a un fuego que solo veía yo. Cien manos de fantasmas me sostenían las piernas y la espalda y evitaban que las dudas me aflojasen los miembros, todas las mujeres del mundo me contemplaban: Eugenia, Jay, María la Peluca . . . Me puse un vestido color teja con los hombros al descubierto . . . me maquillé . . . me calcé unos tacones que no podían ser más que rojos y salí a la calle en la que había crecido, con la cabeza alta, casi bailando, por las fotos del Figueroa, por Paula la Chinchilla, por Daniel y sus nueve dedos, por Alicia y su talento para jugar al fútbol . . . por la niña con un parche en el ojo que bailaba canciones de Raffaella Carrá e Irene Cara, por los altares en los que me había sacrificado.

No tenía nombre, pero existía. Habitaba mi propia leyenda. (251-252)

6. Conclusiones

En definitiva, *La mala costumbre* no solo es un testimonio literario sobre las violencias estructurales que atraviesan la vida de una niña trans en la España de los años ochenta y noventa, sino también una cartografía de las múltiples formas de

resistencia que emergen en ese contexto. Desde las redes de apoyo entre vecinas hasta los espacios seguros como el Café Figueroa, pasando por las familias elegidas que se forman en la marginalidad y la dignidad de figuras como Margarita, la obra visibiliza estrategias de supervivencia que rara vez ocupan un lugar central en los relatos históricos. En ellas, la resistencia no se manifiesta como grandes gestas heroicas, sino como la capacidad de seguir existiendo, de cuidar y cuidarse, y de sostener la identidad propia frente a un entorno que insiste en negarla. La mala costumbre muestra que, incluso en los márgenes más estrechos, esos gestos cotidianos pueden mantener viva la esperanza de una vida posible.

Obras citadas

- Arnalte, Arturo. *Redada de violetas: la represión de los homosexuales durante el franquismo*. Egales Editorial, 2020.
- Arriola, Justo. *A los pies del caballo. Narcotráfico, heroína y contrainsurgencia en Euskal Herria*. Txalaparta, 2016.
- Ayuntamiento de Madrid. *Estudio sociodemográfico de los barrios de Madrid - Ligados a los Planes Integrales de Barrio (PIBA): Parte II*, 2019.
www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/UDGParticipacionCiudadana/Publicaciones_Fondo_Documental/Estudio_Sociologico_Barrios_PIBA/Estudio_PIBA_2019_II-parte-segunda.pdf.
- Butler, Judith. *El género en disputa*. Ediciones Paidós, 2010.
- Castillo Bel, Laura. "Más allá de la crononormatividad del Bildungsroman: temporalidades queer en La mala costumbre (2023), de Alana S. Portero." *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, no. 43, 2025, pp. 73-90.
https://doi.org/10.26754/ojs_tropelias/tropelias.20254310952
- Cerda, Dahlia de la. *Desde los zulos*. Editorial Sexto Piso, 2023.
- Collins, Patricia Hill. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. 2nd ed., Routledge, 2000.
- Crenshaw, Kimberlé. "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and

- Antiracist Politics." *University of Chicago Legal Forum*, vol. 1989, no. 1, 1989, pp. 139–67. <https://chicagounbound.uchicago.edu/uclf/vol1989/iss1/8/>
- Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Trans, Bisexuales, Intersexuales y más (FELGTBI+), ed. *Estado del odio: Estado LGTBI+ 2025*, 2025. <https://felgtbi.org/wp-content/uploads/2025/05/Estado-LGTBI-Estado-odio-2025.pdf>
- Fernández Nieto, María Antonia. *Las colonias del hogar del empleado: La periferia como ciudad*. Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, 2006. https://oa.upm.es/4621/1/MARIA_ANTONIA_FERNANDEZ_NIETO_3.pdf
- Fuente, Luis de la, et al. "Más de treinta años de drogas ilegales en España: Una amarga historia con algunos consejos para el futuro." *Revista Española de Salud Pública*, vol. 80, no. 5, 2006, pp. 505–20. <https://doi.org/10.1590/S1135-57272006000500009>
- Fumis, Daniela. "Temporalidad queer en las narrativas de la Transición española. A propósito de La mala costumbre, de Alana S. Portero." *Cuadernos de Literatura*, nº 24, 30 Sept. 2024. <https://revistas.unne.edu.ar/index.php/clt/article/view/7816/7313>
- Hochschild, Arlie Russell. *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. University of California Press, 1983.
- Oldenburg, Ray. *The Great Good Place*. 2nd ed., Marlowe, 1999.
- Platero, Raquel (Lucas), ed. *Intersecciones: Cuerpos y sexualidades en la encrucijada*. Edicions Bellaterra, 2012.
- Portero, Alana S. *La mala costumbre*. Seix Barral, 2023.